

# PANORAMA

## 6

### DE LA EDAD MEDIA AL SIGLO XX

#### LA ENCICLOPEDIA, SUPREMA NECESIDAD DEL HOMBRE

EN toda época el hombre ha tenido la avidez de saber y de un saber enciclopédico, quiero decir, metódico y universal. Se encuentra combatido así por una contradicción interna, la que señaló Claudio Bernard en un admirable estudio inédito consagrado al examen crítico de la filosofía positivista. Los hombres que, semejantes a Augusto Comte hacen de las generalidades su especialidad según lo observa el gran fisiólogo, son los seres más nocivos a toda ciencia verdadera: estériles y orgullosos, pueden razonar sobre todo en general y sobre nada en particular, porque nada saben. Únicamente la especialidad bien entendida es capaz de conducir al hombre a las generalidades; únicamente la especialidad es capaz de hacer progresar el conocimiento: Conocer a fondo una cosa sería conocerlo todo. Pero, para lograr esto, es preciso descender a los detalles más pequeños, sin perder de vista el conjunto. La inteligencia y la mano, la generalidad y la especialidad, deben constantemente marchar de acuerdo. La ciencia es una como el espíritu, siendo al propio tiempo diversa y múltiple como los objetos a que se aplica. La perfección, decía Descartes, no se encuentra sino en las obras que han sido concebidas por una sola persona, si bien la división del trabajo es necesaria para la feliz ejecución.

Ahora bien; es aquí precisamente, donde radica la contradicción; es aquí donde un peligro mortal amenaza a la ciencia humana y, al amenazar a ésta, amenaza a nuestra civilización que cada día tiende más y más a basarse en la ciencia. Si la especialidad ascendiese de la mano a la inteligencia, todo se habría perdido, no se tendría ya, entonces, una sociedad de hombres, sino una sociedad de abejas o de hormigas.

Por JACQUES CHEVALLIER

Decano de la Facultad de Letras de Grenoble

Este conflicto ha existido siempre: está en el hombre mismo. Pero ha venido agravándose al mismo paso que progresan las ciencias. De este progreso que hemos convertido en nuestro ídolo, puede decirse que lleva dentro de sí a su propio enemigo: pues la condición que lo hace posible y que multiplica su posibilidad hasta el infinito, tiende al mismo tiempo a reducirlo y aun a aniquilarlo. En la época de Pericles y aun en la época de Luis XIV, un hombre podía abarcar el conjunto y los detalles del conocimiento humano: de hecho, un Aristóteles, un Leibniz, fueron enciclopedias vivas, y el prodigioso sentido de Leibniz, como el de Descartes o el de Pascal, se explica precisamente porque tales hombres supieron todo, fueron en todo inventores; en la ciencia de los números, en la de los fenómenos, y en la ciencia de Dios. Actualmente, los maravillosos progresos de las técnicas y de los conocimientos, han hecho casi imposible la unidad del saber. Y todas las ciencias padecen, al par que se benefician, por causa de esta especialización creciente. Padecen, pues no son los elementos los que explican el todo; es el todo el que explica los elementos.

¿Cómo poner un remedio a este peligro creciente? Sin duda mediante la colaboración: la humanidad especializada se esfuerza, justamente, por compensar las pérdidas de cada uno en particular, haciendo comunes las adquisiciones de todos. La tarea que un hombre solo no puede ya realizar, unidos varios entre sí, la tomarán por su cuenta para llevarla a feliz término. La enciclo-

pedia de los especialistas calificados, viene así a reemplazar la enciclopedia del genio. Tal ocurre, en verdad, pero mediante una condición que se echa frecuentemente en olvido, y sin la cual el trabajo de todos es condenado a volverse estéril. Esta condición es justamente, la que constituye el privilegio del genio, léase la unidad de espíritu que señorea y ordena el todo.

Echemos una mirada sobre la historia. Todas las empresas de semejante índole que han alcanzado éxito, deben éste a la unidad espiritual que les daba vida. La Edad Media, tan injustamente prejuizada, la Edad Media que tal como me lo decía uno de nuestros grandes universitarios constituyó el núcleo de la historia del mundo, fue, no lo olvidemos, una inventora de enciclopedias: las Summas, las Universidades y las Catedrales. Una misma incorporación sirvió de alma a estas vastas y poderosas síntesis. La Edad Media tendió siempre a presentarnos la imagen completa de un Universo en armonía, a través del cual el espíritu debía descifrar el lenguaje del divino artista, según aquélla su máxima favorita: Sapiens est Ordinare: lo propio del sabio es el orden. Y esto ya se trate, entre cien otras, de la enciclopedia de las siete artes liberales que formó desde el siglo V, Martianus Capella, bajo el título: *De las Bodas de Mercurio y la Filología* o de los veinte libros de Orígenes y Etimologías, de Isidoro de Sevilla, libro en que se encuentra metódicamente clasificado todo el saber de su época, o del *Espejo de la Naturaleza*, la Historia y la Moral, que Vicente de Beauvais escribió a instancias de San Luis y que vino a suministrar a Emile Male la llave del universal simbolismo de nuestras catedrales.

A partir del Renacimiento, la Cristiandad se disloca, las síntesis se disgregan, las fuerzas divergentes son más fuertes que los poderes de convergencia y de unidad. Y en ello estamos todavía... Y, sin embargo, los espíritus están cada día más ávidos que nunca de lo universal; el ideal antiguo se esfuerzan en substituirlo por otro y, al alejarse de Dios, el hombre tiende a reemplazarlo. De Francisco Bacon a Efraim Chamberts, de Bayle a los Enciclopedistas y de éstos a sus modernos herederos, el hombre constituye, según la frase de Diderot, el *centro común*, tanto de la obra como del universo que ésta tiende a reflejar en el encadenamiento y el progreso de todas sus partes.

Sin embargo, confesémoslo audazmente: este centro no ha podido reemplazar al otro. Pues si el hombre comprende la naturaleza o se esfuerza por comprenderla, no es él quién la ha hecho, y la naturaleza pone a su comprensión los límites que, en todos sentidos son justamente los mismos que la definen. No es el hombre quien puede dar cuenta y razón de la naturaleza: es la propia naturaleza y, detrás de ella, la idea creadora, la idea de que el hombre tiene la misión de discernir o de buscar. La síntesis subjetiva de Comte no nos basta ya: es una "síntesis objetiva", una síntesis real la que debemos buscar. La vocación del hombre no es construir lo que ya existe, sino constatarlo, constatarlo con prudencia y someterse a ello con amor. Y, por otra par-

te, ¿qué es el hombre? Ciertamente no sería el hombre la medida de las cosas si no fuese eterno. Pero es también por esencia transitorio, y, como de esto él se olvida constantemente, corre el riesgo de dar a sus sueños efímeros el carácter de realidad; corre el riesgo de aceptar la teoría de hoy como si fuese la verdad de siempre. Y sin embargo, lo que el hombre busca es la verdad, lo que una época quiere que el hombre aprenda no son las modas y las opiniones fugitivas, sino lo que en cada época se sabe de la verdad, de la realidad, sin otro prejuicio que el de la verdad misma.

Yo me he preguntado frecuentemente si una tarea así sería realizable, si el mundo actual llegaría según el deseo de Bergson, a encontrar su alma y a dilatarla al contacto de los hechos. Y he aquí que se me ha brindado una respuesta bajo la forma del *Gran Memento Enciclopédico Larousse*, obra, en que el arte, de una manera tan espléndida, se une al saber: verdadero monumento éste, del que yo no conocía sino una piedra, la piedrecilla metafísica que se me encargó poner en él. En la idea que ha presidido a la concepción de esta obra, y que en mi concepto ha sido admirablemente realizada, discerní precisamente lo que buscaba y lo que otros buscaban juntamente conmigo: una vía de acceso a lo real, una liberación del espíritu, y el placer más alto que pueda gustar el hombre: el de comprender y de ver.

"LU". (París).

## Intereses Filológicos e Intereses Académicos

P O R A M A D O A L O N S O

Oye uno a veces, entre gramáticos celosos de sus fueros, que a los filólogos sólo se les puede atender hasta cierto punto en asuntos de la lengua, porque para ellos tanto vale un *haiga* como un *haya*, tanto un *charrusco* como un *churrasco*. Se trata de la visión nublada de un hecho cierto: que el interés del lingüista no se detiene en los límites de lo correcto. Es cierto, pues, que al *lingüista* le interesan tanto las formas correctas como las incorrectas, pero no es cierto que *valgan* para él lo mismo. Al lingüista, como historiador de la lengua, le importa conocer y explicarse tanto las acciones faustas como las infaustas; su límite natural no está en lo que *debe ser*, sino en lo que realmente ha *sido* y *es*. Ahora bien: en lo que realmente ha sido y es, entra también la valoración social que cada forma idiomática recibe de la comunidad. Si el filólogo se encara con la evolución de una forma con el criterio naturalista del siglo